

TESIS  
152  
92

MIGUEL ANGEL DE MARCO

*José María Salazar  
y  
la marina contrarrevolucionaria  
en el Plata*



Tesis para optar  
al grado de  
doctor en Historia

FACULTAD DE HISTORIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DEL SALVADOR  
BUENOS AIRES  
1996

A la Armada Argentina, en cuyo buque-escuela, la Fragata *Libertad*, conocí las alegrías, las vicisitudes y la infinita belleza de la vida en el mar.

A la Armada Española, que me otorgó altas distinciones y me acogió siempre como un integrante más de sus filas.

A la memoria del contraalmirante español Julio F. Guillén y Tato, que inspiró la realización de este libro, y del capitán de navío argentino Humberto F. Burzio, modelo de historiador y de marino.



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

## AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a las autoridades de la Universidad del Salvador; a mi *tutor*, colega académico y amigo el doctor Ernesto J. A. Maeder, que aceptó dirigir esta tesis; a los también colegas académicos y amigos profesor Carlos S. A. Segreti, y doctores César A. García Belsunce e Isidoro J. Ruiz Moreno, a quienes solicité opiniones y sugerencias; al contraalmirante Pablo Arguindeguy, destacado estudioso de la historia naval argentina y rioplatense que me proporcionó interesantes datos y despertó interrogantes que creo haber resuelto; a las doctoras Elena Omacini y Patricia S. Pasquali, que leyeron los originales con generosidad y sentido crítico, y a los amigos españoles contraalmirante Ignacio González-Aller Hierro, director del Museo Naval de Madrid, Dolores Higuera Rodríguez, jefa de investigación de esa casa, coronel de intendencia de la Armada Jorge Juan Guillén Salvetti, quien hereda el amor por la historia y por la Marina Española que animó a su ilustre padre, y Antonio Orozco Acuaviva, que respondieron con celeridad y eficacia a mis preguntas y pedidos de material bibliográfico de reciente publicación y difícil localización aquí.

También considero un deber señalar la colaboración del jefe del Departamento de Estudios Históricos Navales de la Armada Argentina, capitán de navío Eduardo Ramos, del profesor Julio Luqui Lagleyze y del personal técnico de ese organismo; de la bibliotecaria de la Academia Nacional de la Historia, Violeta Antinarelli de Fathala y sus colaboradores Juana Quiroga y Daniel Lerman, como también de Alejandro Guillermo, por su constante y asidua respuesta a mis requerimientos bibliográficos y de fotocopias de libros y periódicos; de los funcionarios y personal de la Biblioteca Nacional de Madrid, de los archivos del Congreso de los Diputados de España, General de Indias de Sevilla, General de Marina "Alvaro de Bazán" del Viso del Marqués, Histórico Nacional y Museo Naval de Madrid.

No podría dejar de mencionar al Colegio Mayor Hispanoamericano "Nuestra Señora de Guadalupe", de Madrid, y a su director, mi viejo y entrañable amigo Emiliano Moreno. Aquella institución me recibió en 1970, cuando recogí las primeras fichas para este libro, y sigue albergándome cada vez que voy a España. La siento mi casa y me honra ostentar su *beca colegial*.

## INDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	2
<i>Introducción</i> .....	3
<i>Los Salazar de Hellín: Pruebas de hidalguía. Un antiguo linaje. Nacimiento y bautismo de José María Salazar</i> .....	8
<i>La Compañía de Guardias Marinas: Privilegios. Semblanza de los guardias marinas. Organización militar y académica. La Real Compañía de Cartagena. Ingreso de los hermanos Francisco Javier y José María Salazar. Brigadier de la Real Compañía. Agregado a la Compañía de Cartagena. Segundo maestro de matemáticas</i> .....	17
<i>La Expedición del Atlas de América Septentrional: Objetivos de la expedición. Aventuras, privaciones y peligros. El juicio de Churruca</i> .....	36
<i>La guerra contra los ingleses: Ayudante de la Escuadra del Océano. La escuadra en Brest. Precaria paz con Inglaterra</i> .....	49
<i>En aguas del Mediterráneo: Quiebra de la Paz de Amiens. Nuevas comisiones para Salazar. Traslado del embajador ruso a Trieste</i> .....	62
<i>Intermedio</i> .....	84
<i>Comandante de la marina en el Plata: Protagonismo del Apostadero. Agravamiento de la situación política en el Plata. Orden de sustitución de Elío. Enfrentamientos entre Buenos Aires y Montevideo. La opinión de Salazar. Toma de posesión del cargo. Desinteligencias con Cisneros. Reacciones contra la remisión de oficiales a la Península. El caso de Michelena. Quejas y conflictos con otros oficiales. Disposiciones organizativas. La casa del comandante de marina. Quejas contra Liniers y Ruiz</i>	



Huidobro. Viaje a Buenos Aires. Alarma frente a un posible ataque naval francés. Llegada de españoles y extranjeros. Orden de venta o exclusión de buques. Los sucesos en España..... 87

*El rechazo a la Junta de Mayo:* Incertidumbre por la situación de la metrópoli e indignación por los sucesos de La Paz. Situación del Apostadero. Arribo de la "Juan Paris". La noticia de la deposición del virrey llega a Montevideo. Cabildo abierto del 1º de junio. El "Nuevo Filipino". El "grande deseo de independencia". Comunicación al marqués de Casa Irujo. Viaje de Matías de Irigoyen a Londres y papel de la estación naval inglesa en el Atlántico Sur. Negativa de Salazar a reconocer a la Junta. Misión de Juan José Paso a Montevideo. Los marinos de Buenos Aires y la Junta. Reprobación de la conducta de Ruiz Huidobro. Expulsión de Cisneros..... 126

*Vicisitudes de la contrarrevolución:* Imperiosa necesidad de una imprenta. Urgencia de contar con un letrado e intento de instalar la Audiencia. "Veo todo perdido". Los sucesos del 12 de julio. Elogios para los marinos y denuncias sobre las ideas imperantes. Las pretensiones de Carlota Joaquina. Los sucesos de Córdoba. Noticias de Buenos Aires y Río de Janeiro. Misión de Primo de Rivera. Nuevos intentos de la infanta. La "Gazeta de Montevideo"..... 173

*Bloqueo del Río de la Plata:* Preparación de la operación. Respuesta del capitán Elliot. Comienzo de las acciones. Continuación del bloqueo. Llegada del mariscal Vigodet. Incidente entre el teniente Ramsay y el capitán Primo de Rivera. Tribulaciones del comandante de marina. Llegada del vicealmirante De Courcy. Quejas sobre la situación del Apostadero. La pérdida de América se vislumbra como inexorable. Un fin de año dramático. Desaliento por la falta de esperanzas de socorro..... 223

*La insurrección de la campaña oriental:* Arribo del "virrey" Elío. Pedido de relevo por parte de Salazar. Los méritos de los marinos. El paso de Mariano Moreno. Continuación del bloqueo. El grito de Asencio. Denuncia de los desaciertos de Elío. El combate de San Nicolás. Afirmación de los derechos en las Malvinas. Ascenso y nuevas funciones para Salazar..... 257

*Derrotas de Montevideo y triunfos de la Revolución:* Desesperación de Michelena. Pedido de ayuda a los portugueses. Batalla de Las Piedras. Solicitud de venida a la infanta Carlota. Bombardeo de Buenos Aires. Misión de la Junta y nuevas operaciones sobre la Capital. Negociaciones con Elío. Desquicio de la marina. Reemplazo de Elío. La impugnación del "Duende" de Cádiz. Ultimos días de Salazar en el Plata. Ruptura del Tratado de Concordia y partida del comandante general de marina..... 291

*Frustrada comisión a Suecia:* Informe a las Cortes. Defensa de los marinos de Montevideo. Continuación de los aprestos para la zarpada hacia Suecia. El regreso..... 335

*Misión ante la Corte de Río de Janeiro:* El retorno del "Deseado". Traslado a Madrid. Preparativos para la marcha. Rumbo a Río de Janeiro. La presencia de Belgrano y Rivadavia en Río de Janeiro. Gestiones de la infanta Carlota. Dificultades económicas. Contactos con el enviado Manuel José García. Muerte de Salazar. Epílogo..... 353

*Conclusiones*..... 395

*Fuentes* ..... 403

USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

## INTRODUCCION

Hace veinticinco años, el contraalmirante Julio Guillén y Tato, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, miembro de número de la Real Academia de la Lengua y director entonces del Museo Naval de Madrid, me sugirió que cambiara el tema de investigación de mi beca en el Archivo General de Indias -aspectos de la economía santafesina en el siglo XVIII- por la biografía del jefe del Apostadero Naval de Montevideo en los días de la Revolución de Mayo, brigadier José María Salazar.

Como recordé en otra oportunidad <sup>1</sup>, el requisito de permanecer unos días en aquella ciudad para realizar un curso de aproximación a lo español, fue providencial. Inquieto y sacudido por la nostalgia, decidí dedicar esos días a revisar los ficheros de algunos archivos y bibliotecas, en busca de documentos que pensaba ver luego. Y di en el Museo Naval, esa joya que encierra el imponente edificio del Cuartel General de la Armada. Recorrí por primera vez sus salas, tan familiares para mí ahora, que podría decir si me lo preguntaran -aun luego de las recientes refacciones y cambios-, el lugar exacto donde se hallan el *montante* de Don Juan de Austria, la espada de Méndez Núñez, el mapa de Juan de la Cosa o el fragmento del casco de la *Numancia*, horadado por un enorme proyectil el día gris aunque glorioso del combate del Callao. De ahí pasé a la sala de investigadores, pensada para comodidad de los estudiosos por ese benemérito historiador que fue el contraalmirante Julio Guillén y Tato. Cada uno contaba con una especie de *cubículo* formado por bibliotecas, en el que había una amplia mesa y sobre ella, una tablilla con el nombre del investigador, adornada por el pendón de Castilla y la bandera del respectivo país. En la pared principal del amplio ámbito -sobre un mural donde se se dibujaban los derroteros de los viajes de Colón-, campeaba esta bellísima frase de Nicolás Nicolai, autor en el siglo XVI de *L'art de naviguer*: "¡Oh, feliz nación española, cuán digna eres de loor en este mundo, que ningún peligro de muerte, ningún temor de hambre, ni de sed, ni de otros innumera- bles trabajos han tenido fuerza para que hayáis dejado de circular y navegar la mayor

---

<sup>1</sup> MIGUEL ANGEL DE MARCO, *Cruz del Mérito Naval de España*, Rosario, 1982, pág. 6.

parte del mundo por mares jamás surcados y por tierras desconocidas, de que nunca se había oído hablar, y ésto sólo por estímulo de fe y virtud, que es por cierto una cosa tan grande, que los antiguos ni la vieron ni la pensaron, y aun la estimaron imposible!"

La solícita y erudita doctora Ana María Vigón, jefa de Manuscritos del Museo, me presentó al subdirector, competente cartógrafo y después cordial camarada, capitán de corbeta Roberto Barreiro Meiro-Fernández, y me dijo: "¿Quiere saludar al almirante Guillén? Es muy amigo de los argentinos". Unos minutos después estaba frente al ilustre historiador, fallecido hace ya más de veinte años, quien me atendió en su despacho, réplica exacta de una cámara de capitán de buque de guerra dieciochesco, y me dijo que uno de sus títulos más honrosos era el de ser cadete honorario de la Armada Argentina (hay una fotografía que lo muestra ataviado con el uniforme azul de la Escuela Naval Militar, el pecho cuajado de condecoraciones y el cuello adornado por el collar de la Academia Nacional de la Historia de nuestro país).

Como no me eran desconocidos sus aportes sobre la historia de América y la breve trayectoria naval de San Martín, se entabló una conversación animada y cordial que concluyó más o menos así: "¿De modo que usted se va a Sevilla mientras Salazar espera que alguien estudie su biografía?" Y agregó don Julio, con su especial gracejo: "Pues hombre, yo ya soy de la *cofradía de sopa y rosario*, y no podré dedicarme a escribir su biografía, como hace tiempo lo tenía pensado. Le propongo a usted que lo haga".

En realidad, no me agradó la idea de ocuparme de quien para mí, como para muchos investigadores rioplatenses, había sido el principal enemigo de la Revolución; el responsable de que Montevideo desconociera a la Junta de Mayo; el obstinado representante de la más cerrada oposición española con respecto a la nueva realidad americana. Pesaba, además, en mi espíritu, el severo juicio que sobre Salazar había pronunciado Angel Justiniano Carranza en sus *Campañas Navales de la República Argentina*: "los únicos antecedentes conocidos de ese hijo de las montañas de Santander [sic] para justificar tantos honores, no iban más allá de haber servido en la escuadra española que a las órdenes del general Lángara, combinada con otra inglesa del almirante Hood, se apoderaron en 1793 del puerto, arsenal y fortaleza de Tolón, y años después, estado un tiempo al frente del apostadero de La Habana".

Agrega Carranza: "Nacido para el disimulo y la intriga, no creía en la salvación de la madre patria, poniendo en juego toda clase de cábalas en favor de la infanta Carlota, de quien era confidente desde tiempo atrás y el encargado de propagar sus ideas, de transmitirle noticias de la verdadera situación de los negocios en el Río de la Plata y de avisarle también el momento oportuno para fugar del lado de su esposo y presentarse en Montevideo". Para más, decía el conocido historiador que los revolucionarios "vociferaban su nulidad y su soberbia".

Tenía demasiado frescas esas apreciaciones -amante como siempre he sido de los temas de historia militar y naval- como para "perder el tiempo" en un personaje que consideraba menor y antipático. "Pero almirante -le repliqué aquella mañana a don Julio para no ser descortés-, mi beca es para Sevilla y no veo cómo puedo quedarme en Madrid". "Déjelo por mi cuenta -respondió-. Venga mañana a trabajar". Me fui decidido a manifestarle con franqueza al día siguiente mis prevenciones y reservas. Pero al llegar me aguardaba un cubículo en cuyo escritorio, en los extremos de la tablilla que llevaba la inscripción: "Prof. Miguel Angel De Marco. Santa María de los Buenos Aires", se erguían el estandarte castellano y la azul-celeste y blanca bandera amada. Y sobre la mesa, con una tarjeta del almirante, la copia de una carta dirigida al presidente del Instituto de Cultura Hispánica en la que le sugería que autorizase el cambio de tema y sede. La suerte estaba echada, y me quedé. Pocos días más tarde, encontraría una fotocopia de la respuesta: "Por nuestra parte no existe inconveniente en que el becario argentino D. Miguel Angel De Marco dedique la beca a los estudios de la figura del gobernador de Montevideo, D. José María Salazar. Recibe un abrazo de tu buen amigo Gregorio Marañón".

Dediqué varios meses a recoger material en los repositorios navales y en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. A mi regreso a la Argentina revisé otros con diverso éxito. En realidad, buena parte de la documentación relacionada con el Apostadero de Montevideo que se halla en el Archivo General de la Nación Argentina está también en aquellos centros, dada la modalidad corriente en la administración peninsular de ordenar la realización de varias copias. Y en sucesivos viajes a España completé -creo- la búsqueda en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, de las Cortes Españolas (hoy Congreso de los Diputados), General de Indias de Sevilla, Biblioteca Nacional de Madrid y otros que se mencionan en el texto y en la nómina de



fuentes que cierra este libro <sup>2</sup>.

Sin embargo, pasaría mucho tiempo hasta encarar por fin la tarea y cumplir con una especie de deuda hacia la memoria del almirante Guillén. Diversos trabajos monográficos y libros, incluso uno de largo aliento que tuvo por tema la presencia de la marina española en el Plata a lo largo del siglo XIX y principios del XX <sup>3</sup>; temáticas temporalmente lejanas a la de la Independencia, fueron postergando mi propósito de escribir la biografía del tenaz contrarrevolucionario en los primeros y difíciles años de la Revolución. Apenas le dediqué un artículo no muy extenso, una conferencia y una nota preliminar a la transcripción de un interesante pero farragoso documento exculpatorio que lleva su firma <sup>4</sup>.

Debo subrayar que otros historiadores españoles, argentinos y uruguayos trataron antes que yo el papel de Salazar en los días de Mayo y en los primeros tiempos de la Revolución, a través de trabajos y comunicaciones generalmente breves o en el contexto de obras relacionadas con la reacción de España frente a la comprensión de que iba camino a perder sus posesiones americanas, que también serán citadas en la parte pertinente, pero pocos -por no decir ninguno- se ocuparon de las etapas previas de su existencia y de las comisiones que desempeñó tras su regreso a la Península en 1811. La figura del brigadier no resulta simpática por su tozudez y

---

<sup>2</sup> No pocos papeles fueron publicados, total o parcialmente, antes o después de iniciadas mis investigaciones, en colecciones documentales y en obras sobre la época de la Independencia y sus protagonistas. He preferido, en el primer caso, citar la fuente éditada y luego los repositorios en que vi cada documento, no por un prurito de exagerada erudición sino para señalar a los lectores dónde se hallan (a veces, como se ha dicho, el mismo oficio está en tres o más archivos), con el fin de que, si lo desean, puedan confrontarlos. En cuanto a los libros y otras publicaciones, hubiese sido más que farragoso citar en cuáles se reproducen fragmentos de cartas de Salazar en el contexto de desarrollos completamente desvinculados de su trayectoria. No obstante, he hecho la debida mención cuando me ha parecido conveniente. Por último, debo decir que en todos los casos he reproducido los documentos y párrafos de artículos de periódicos en versión modernizada.

<sup>3</sup> MIGUEL ANGEL DE MARCO, *La Armada Española en el Plata. 1845-1900*, Rosario, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (UCA), 1981, 486 + 16 páginas.

<sup>4</sup> Cfr. "Notas sobre la actuación del brigadier de marina José María Salazar, previa a los sucesos de Mayo de 1810", en *Res Gesta*, N° 8, Rosario, julio-diciembre de 1980, páginas 1 y siguientes; "Una interesante 'impugnación' sobre los acontecimientos del Plata de 1809 y 1810", en *ibidem*, N° 11, enero-junio de 1982, páginas 42 y siguientes; *José María Salazar: una vida dedicada a la marina española (1762-1815). Discurso leído el 31 de enero de 1986 en el salón de grados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cádiz en su recepción pública en la Asamblea Amistosa Literaria por el Excmo. Señor D. Miguel Angel De Marco*.

sus frecuentes manifestaciones despectivas hacia la causa emancipadora, como no lo fue ciertamente para sus contemporáneos del bando patriota. Por ejemplo, Juan E. Pivel Devoto lo califica de "hombre del viejo régimen, que llegó tarde al Plata para satisfacer su vocación de mando" <sup>5</sup>. "Tiene mala prensa", según me manifestó hace poco un destacado almirante e historiador argentino de gracejo similar al de don Julio Guillén, traspolando una expresión corriente en nuestro tiempo.

En cuanto a mí, el anhelo de optar al grado de Doctor en Historia por la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador con un trabajo acorde con la importancia del título y de la institución que lo otorga, me indujo a replantear aquel propósito mediante el aprovechamiento del rico material reunido durante las expresadas investigaciones.

Aunque este trabajo sea predominantemente biográfico, dista de circunscribirse al personaje y a su entorno inmediato. El gran marco referencial es la Marina Española inmersa en los turbulentos y cruciales años en que le tocó vivir a Salazar. De ahí que en ocasiones nos hayamos alejado voluntariamente del protagonista para mostrar determinados rasgos de una institución singular dentro de la vida de la Península y de sus posesiones ultramarinas en los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX. Y de ahí también que hayamos contemplado los críticos momentos de la instauración de la Junta de Buenos Aires, la reacción de Montevideo y los sucesos que en una y otra banda ocurrieron en 1811 y principios de 1812 -tantas veces estudiados desde diferentes puntos de vista por historiadores argentinos y uruguayos- otorgando preferente atención a la actuación de la Marina, como si los hubiésemos contemplado desde el barracón del Apostadero o los desvencijados buques que por entonces tenía en esta parte del mundo la Armada de Su Majestad Católica.

Considero que a través de las páginas que siguen fluyen, sin necesidad de remarcarlas en cada ocasión con pertinacia, las líneas de conducta y pensamiento del marino y de la institución cuyas ideas representaba en forma cabal.

---

<sup>5</sup> *Raíces coloniales de la Revolución de 1811*, Montevideo, Editorial Medina, 1957, pág. 180.

## LOS SALAZAR DE HELLIN

Hellín en la provincia de Albacete, reino de Murcia, era, en 1779, año en que los hermanos José María y Francisco Javier de Salazar decidieron ingresar en la Real Compañía de Guardias Marinas de Cartagena, una población de cierta importancia, de vida sencilla y clima suave que influía benéficamente en el carácter de sus habitantes. Unas 1.500 casas distribuidas en calles estrechas y tortuosas -a excepción de las ubicadas en arterias más anchas y rectas, como las de Eras, San Francisco, Mesones y del Aguila- constituían su casco urbano. Había en el centro una plaza de regular extensión, que llevaba también el nombre del santo de Asís, y existían varias plazuelas. Además se levantaban sólidos edificios, como la Casa Consistorial; un bello templo parroquial de estilo gótico: el de la Asunción de Nuestra Señora; cuatro ermitas: San Rafael -construida en una eminencia del suave monte donde se levanta la ciudad, con notables esculturas y pinturas-, San Roque, Santa Ana y San Antonio; y dos conventos importantes, el de los franciscanos y el de las clarisas.

La instrucción elemental se encontraba a cargo de los franciscanos, en cuyo convento había un respetable número de frailes. Lejos estaban todavía los días de la *desamortización* que dejarían en ruinas los claustros y pondrían la enseñanza en manos de seglares.

Los entretenimientos eran pocos y recatados. Las familias distinguidas se reunían en amenas tertulias, festejaban acontecimientos íntimos o celebraban austeramente los honores y distinciones recibidos por algunos de sus integrantes, y los hombres del pueblo encontraban en varias posadas ámbitos propicios para beber y jugar luego de fatigosas jornadas de trabajo en los arrozales, en la siembra y cosecha del trigo y otros cereales, en las muchas huertas y en las minas de azufre cercanas.

La caza constituía, para quienes podían practicarla, una grata diversión. También la pesca, que ofrecía buena provisión de barbos y anguilas.

El agua no abundaba, y por lo tanto tampoco la higiene. El vecindario se surtía en tres fuentes ubicadas en las plazuelas. En cuanto a las modestas represas de las



afueras, volcaban el precioso líquido de los ríos Mundo y Segura y del riachuelo Royo de Viñatea en las plantaciones de arroz y daban movimiento a los molinos.

Si bien el estado sanitario de los habitantes de Hellín era bastante aceptable para aquellos tiempos pródigos en enfermedades la mayoría de las veces incurables, las *tercianas*, fiebres intermitentes que causaban estragos en el cuerpo y en el espíritu, no eran patrimonio exclusivo de los que laboraban en los arrozales sino que afectaban a todo el vecindario.

Lejos de estar aislada del mundo, cruzaba la villa el camino que desde Cartagena y Murcia se dirigía a Madrid. Así, los que debían dirigirse a aquella ciudad mercantil y marinera o quienes tenían que realizar trámites, sustanciar pleitos u obtener prebendas y gracias en las dos últimas, podían hacerlo con relativa facilidad.

Por su ubicación y su proximidad con aquellos importantes centros, Hellín se hallaba al tanto, y en su medida participaba, en los profundos y revolucionarios cambios orientados por el ministro de Estado don José Moñino Redondo, conde de Floridablanca. El gran colaborador de Carlos III impulsaba decididamente la agricultura, el "primero y más seguro manantial de las subsistencias del hombre y de su riqueza y prosperidad sólida"; estimulaba el establecimiento de regadíos que supliesen la siempre escasa lluvia; promovía las obras hidráulicas y la apertura de tres grandes represas, precisamente en la región, una de las cuales, la de Valdeinfierno, fue la segunda de Europa; cortaba los últimos frenos que impedían el desarrollo de la industria y el comercio, fomentaba la instalación de Sociedades de Amigos del País y obtenía del monarca decisivas medidas en favor de la educación en sus distintos planos.

Pero lo que no ofrecía Hellín eran horizontes para quienes quisiesen hacer otra cosa que trabajar en los campos y en las minas o vivir, si se trataba de jóvenes integrantes de familias nobles, en una enervante molicie matizada por los nombramientos honoríficos en el Ayuntamiento o en las hermandades. Los *hijosdalgos* carentes de los beneficios y razonables expectativas de futuro de la primogenitura, veían transcurrir lentamente sus días mientras les llegaba la hora de "mejorar de posición" a través de un matrimonio económicamente conveniente.

Viene al caso recordar la semblanza del hidalgo de aldea sin horizontes que trazó en el XVIII el *ilustrado* cortesano y militar José Cadalso en sus célebres *Cartas*

## Marruecas:

Este se pasea majestuosamente en la triste plaza de su pobre lugar, embozado en su mala capa, contemplando el escudo de armas que cubre la puerta de su casa medio caída, y dando gracias a la providencia divina de haberle hecho don Fulano de Tal. No se quitará el sombrero (aunque lo pudiera hacer sin desembozarse); no saludará al forastero que llega al mesón, aunque sea el general de la provincia o el presidente del primer tribunal de ella. Lo más que se digna hacer es preguntar si el forastero es de casa solar conocida al fuero de Castilla, qué escudo es el de sus armas y si tiene parientes conocidos en aquellas cercanías <sup>1</sup>.

En esa situación podían haberse hallado los vástagos de don Jaime de Salazar, alguacil mayor del Santo Oficio de la Inquisición, y de su esposa, doña Josefa Rodríguez de Vera y Zurbano, con quien se había casado el 2 de febrero de 1753 <sup>2</sup>. Dos de ellos, los menores, José María y Francisco Javier, quizás animados por deseos de gloria y aventuras y por la convicción de que harían carrera y alcanzarían consideraciones y honores más altos de los que estaba en condiciones de brindarles su pueblo, aspiraban a ingresar en la Real Compañía de Guardias Marinas de Cartagena.

Por entonces, la Armada se hallaba en el pináculo de su poder y fama. Varias décadas atrás había comenzado el serio y bien pensado proceso de transformación de una marina en estado de abandono a una fuerza que pesara en Europa y fuera un eficaz soporte del imperio ultramarino. Felipe V adoptó las primeras medidas destinadas a dotar sus escuadras de una adecuada orgánica, paso indispensable para encarar las construcciones y el adiestramiento de personal facultativo, durante la Guerra de Sucesión (1701-1706). Pero fue a partir de 1714 cuando se produjeron las

---

<sup>1</sup> Madrid, Editora Nacional (Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos), 1980, pág. 153.

<sup>2</sup> Museo Naval de Madrid (MNM), Capitanía General de Marina del Departamento de Cádiz. Pruebas de nobleza de Guardias Marinas, caja 77, Nº 3398. Don Francisco y don José de Salazar y Rodríguez de Vera, de don Jaime y D<sup>a</sup> Josefa, fols. 12 y 13. DALMIRO DE LA VÁLGOMA Y DÍAZ VARELA Y EL BARÓN DE FINESTRAT, *Compañía de Guardias Marinas y Colegio Naval. Catálogo de pruebas de Caballeros aspirantes*, tomo V, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1954, págs. 14-15.

grandes reformas iniciales, con la supresión de las escuadras de los reinos y la creación de la Armada Real como conjunto de fuerzas marítimas a cargo del Estado, aunque subsistiesen las armadas americanas del Mar del Sur y Barlovento y de Galeras <sup>3</sup>. El establecimiento de la secretaría de Marina e Indias y la designación como intendente general y luego ministro de Juan Patiño, marcaron la acentuación de los cambios, el escalafonamiento de los mandos superiores, la creación de la primera escuela de oficiales en la Compañía de Guardias Marinas de Cádiz -a cuyas características y regimen nos referiremos en el próximo capítulo- la constitución de otros cuerpos facultativos, la construcción de grandes arsenales en La Carraca (Cádiz), Cartagena y El Ferrol, y de astilleros entre los que se destacaba el de Guarnizo, en Cantabria, que no paró de botar buques a lo largo de la centuria <sup>4</sup>.

El impulso dado por Patiño no cesó cuando en 1736 cedió su puesto a Mateo Díaz de Lavandero, marqués de Torrenueva, y siguió en aumento durante las gestiones de José de la Quintana, José del Campillo, Zenón Somodevilla, marqués de la Ensenada, cuya prolongada gestión se caracterizó por nuevos e importantes avances, Julián de Arriaga y Pedro González de Castejón. Este último regía los destinos de la marina en los días que nos ocupan. Había dicho Ensenada: "No hay potencia en el mundo que necesite más las fuerzas marítimas que España, pues es península y tiene que guardar los vastísimos dominios de América, que le pertenecen. Y mientras España no tenga una Marina competente, no será considerada de Francia e Inglaterra, sus émulos más inmediatos [...] Yo no diré que pueda Vuestra Majestad en pocos años tener una Marina que compita con la de Inglaterra, porque aunque hubiera caudales para hacerla, no hay gente para tripularla; pero sí que es fácil tener Vuestra Majestad el número de bajeles que basta para que, unidos con los de Francia,

---

<sup>3</sup> Cfr. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO, *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Madrid, 1895. Reimpresión facsimilar del Museo Naval, tomos VI, VII y VIII, Madrid, 1973, *passim*; JOSÉ CERVERA PERY, *La Marina de la Ilustración*, Madrid, Editorial San Martín, 1986, *passim*; Julio F. Guillén, *Historia marítima española*, tomo I, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1961, *passim*; JOSÉ P. MERINO NAVARRO, *La Armada Española en el siglo XVIII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981, *passim*; HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, "La Orgánica Naval", en *España y el mar en el siglo de Carlos III*, Madrid, Marinvest S.A., 1989, págs. 53 y siguientes.

<sup>4</sup> *Ibidem, ibidem*. Además, ANTONIO RUMEU DE ARMAS, "La Política Naval", en *ibidem.*, págs. 38-39.

se prive a los ingleses del dominio que tienen adquirido sobre el mar" <sup>5</sup>.

Tales antecedentes y el ostensible desarrollo de Cartagena, que había cobrado renovada vida con las construcciones navales, constituían un acicate para los jóvenes "de corazón esforzado y espíritu animoso", entre los que se encontraban los hermanos Salazar, quienes, al enterarse que en 1777 había abierto sus puertas la Compañía de Guardias Marinas de aquel departamento junto con otra en El Ferrol, dado el alto número de postulantes que se presentaban a la de Cádiz, comenzaron las gestiones para ingresar en el instituto.

### ***Pruebas de hidalguía***

Al parecer, quien estuvo primero en condiciones de marchar fue Francisco Javier, para quien su padre inició, el 23 de noviembre de 1779, una información de hidalguía, según lo determinaban las normas vigentes <sup>6</sup>. El expediente permite conocer, a la par que los antecedentes cercanos de su rama, las características procedimentales aplicadas entonces a ese y otro tipo de probanzas .

Las "diligencias practicadas por parte de don Francisco Javier de Salazar Rodríguez de Vera y Zurbano, que acreditan la nobleza, lustre, distinción y limpieza [de sangre] de sus padres, abuelos paternos y maternos, y actos positivos y distintivos de ambas familias" comenzaron dicho día con una presentación de don Jaime -quien ostentaba, además del citado título del Santo Oficio, el de regidor perpetuo de la villa- en la que señaló su interés en documentar, aparte de la condición de *hijodalgo notorio* de su vástago, que ninguno de sus ascendientes había "ejercido oficio vil ni mecánico alguno, ni cualesquiera que no fuese correspondiente al

---

<sup>5</sup> Cfr. FERNANDO DE BORDEJÉ Y MORENCOS, "El poder marítimo en la concepción política del marqués de la Ensenada", en *II Jornadas de Historia Marítima. La Marina de la Ilustración*, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Naval, 1989, págs. 5-22; JESÚS SALGADO ALBA, "Ideas estratégicas de la Marina de la Ilustración", en *ibidem*, págs. 33-49.

<sup>6</sup> Cfr. MNM, *Manuscritos*, N° 2141, fojas 2-3. *Circunstancias que han de concurrir en los sujetos que pretendieran plazas de Guardias Marinas; memoriales y documentos que deben presentar en las Cortes y en las capitales de los Departamentos en que se han establecido las tres Compañías de que se compone este cuerpo (1718). Ordenanzas de su Magestad para el gobierno militar, Político, y Económico de su Armada Naval. Parte segunda. Que contiene los asuntos pertenecientes a los Cuerpos Militares de la Armada. De orden del Rey N.S.*, Madrid, Imprenta de Juan de Zúñiga, 1748, pág. 14.

manifiesto y bien notorio goce de nobleza que han obtenido".

La recepción de los testimonios estuvo a cargo de don Pascual Ruiz de Villafranca y Cárdenas, caballero profeso de la Orden de Calatrava, alguacil mayor del Santo Oficio de la Inquisición, corregidor, justicia mayor y capitán a guerra del rey en Hellín. En primer lugar depuso el teniente coronel del Regimiento de Provinciales de Chinchilla, don Juan de Valcárcer Vela, quien subrayó como notorios el "lustre, circunstancias, calidad y nobleza de la familia Salazar". Cabe agregar que en dicho cuerpo de milicias revistaba como alférez uno de los hijos mayores de don Jaime, quien llevaba su mismo nombre.

Luego depusieron, *"in verbis sacerdotis"*, *"puesta la mano sobre el pecho y sobre la corona, según su estado"*, los presbíteros Salvador Morote Guerrero y José Pérez, quienes coincidieron en que "es esta familia una de las más distinguidas de este pueblo, con enlaces en casas de títulos de Castilla". En cuanto a los abuelos paternos, Jaime de Salazar y Lirón, abogado de los Reales Consejos y María Juana Rodríguez de Vera y Cantos, les constaba que descendían, respectivamente, de don Domingo Antonio de Salazar y Muñatones, señor de las casas de sus apellidos, de sus honores, tributos y patronazgos, y del fuerte de San Martín de Somorrostro, en las encartaciones de Vizcaya, y de los Rodríguez de Vera de Hellín. Con respecto a los maternos, ostentaban parecida alcurnia: don Francisco Javier de Vera y Alfaro era hijo de don Miguel Rodríguez de Vera, alférez mayor de Hellín, y de Bernarda de Alfaro, hermana de Antonio de Alfaro conde de Balazote, y de Pedro Juan de Alfaro, miembro del Consejo y Cámara de Castilla. Doña Mariana de Zurbano, abuela del pretendiente, descendía de don José de Zurbano, quien a principios del XVIII había sido convocado en la ciudad de Granada con los demás integrantes de la nobleza. Su tío Pedro de Zurbano, agregaron los declarantes, había obtenido honores y preeminencias en la ciudad de Baza. Por otra parte, un hermano de dicha señora, de nombre José, había sentado plaza de cadete en las Reales Guardias Españolas <sup>7</sup>.

Luego de recibir la declaración del vecino, regidor perpetuo y decano del Ilustre Ayuntamiento don Juan Guerrero Medina, y en vista de que Jaime Salazar no consideró necesario presentar más testigos, se pasó a una nueva instancia: la de abrir

---

<sup>7</sup> *Ibidem.*



los archivos de la Villa para extraer los libros capitulares, y los de la Parroquia con el fin de obtener las respectivas partidas de matrimonio y bautismo. Se trataba de un procedimiento solemne con citación de los *claveros* o depositarios de las llaves de cada reservorio, quienes debían exhibirlas públicamente antes de que se revisaran los documentos y se produjeran copias rubricadas, firmadas y signadas con las respectivas y complicadas figuras notariales.

Acreditados los empleos distinguidos del padre y los abuelos y los datos de filiación respectivos, don Jaime de Salazar, para documentar "más instructivamente su nobleza" presentó un dibujo del blasón de su familia y pidió que el escribano se apersonase "en la plazuela de nuestro padre San Francisco", "a las casas de mi habitación y morada a hacer un prolijo cotejo con el mismo escudo que se advierte colocado en la fachada principal de ellas" <sup>8</sup>. Don Francisco Ruiz Valero cumplió diligentemente su cometido y reconoció que las armas fijadas en el testero respondían al diseño y tenían "al parecer trece estrellas". Acto seguido rubricó el dibujo para garantizar su autenticidad y dio por concluida su actuación.

### ***Un antiguo linaje***

¿Cuáles eran, en pocas palabras, los orígenes del linaje del que los Salazar de Hellín se enorgullecían y que iba a abrirles las puertas de la Real Compañía de Guardias Marinas de Cartagena a los dos hijos menores?

Existen dos versiones coincidentes en señalar al pueblo burgalés de Salazar como cuna del linaje, y en la existencia de los dos hijos del genearca.

Largo sería abundar en otros detalles, pero, con referencia a la rama de la que provenían los de Hellín, mencionemos al decimocuarto señor de Salazar, Fernando Hurtado de Salazar, casado con María de Rojas y ascendiente de los Salazar de Palencia. Tuvo ciento veinte hijos fuera del matrimonio, engendrados en doncellas de las tierras de su señorío. Entre esos bastardos estaba Juan López de Salazar, nacido de una moza de 15 años natural de Nograro. Heredó el solar de San Cristóbal de Sopena, pero por consejo de su padre se radicó en San Martín de Somorrostro. Fue

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, fol. 30.

prestamero y merino del señorío de Vizcaya y de las encartaciones de Muñatones. Tuvo descendencia legítima de su mujer doña Inés, hija del cuarto señor de Muñatones, y también varios vástagos fuera del matrimonio <sup>9</sup>.

En cuanto al blasón, en los primeros tiempos ostentaba, según algunos heraldistas, una torre de plata. Para otros, los elementos y distribución fueron: en campo de azur una torre de plata y en la punta del escudo una abarca de oro. Hasta que don Lope García de Salazar, señor de Salazar, mató en desafío a un corpulento moro que llevaba su armadura esmaltada con trece estrellas de oro. El caballero comenzó a usar, por concesión real, este nuevo blasón: en campo de gules, trece estrellas de oro puestas en tres palos y una en punta. Todas las casas, con raras excepciones, las llevan junto con la siguiente inscripción en letras de oro sobre un volante de azur: "*Sicut coeli stellae generationes tuae*".

Unos versos de antigua data aluden a la elección de estas armas:

Y aquella torre de luciente plata,  
en el escudo azul y abarca de oro,  
debajo y cruz, por timbre escarlata  
floreteado de blanco por decoro  
que en trece estrellas de oro se dilata,  
sobre sangre del blasfemo moro  
de Salazar blasón es de importancia  
sangre de godos que corrió por Francia <sup>10</sup>.

### ***Nacimiento y bautismo de José María Salazar***

Poco sabemos de los padres y hermanos de José María Salazar, excepto los datos y títulos señalados en la probanza de nobleza. Es de creer que don Jaime

---

<sup>9</sup> ALBERTO Y ARTURO GARCÍA CARAFFA, *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, tomo 79, Madrid, Nueva Imprenta Radio, S.A., MCMLVIII, págs. 180 y siguientes; add. JULIO DE ATIENZA, *Nobiliario español. Diccionario heráldico de apellidos españoles y títulos nobiliarios*, Madrid, Aguilar, 1948, págs. 1168-69.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

contaba con suficientes bienes, pues la pretensión de incorporar a sus hijos a la Armada conllevaba gastos de equipamiento y sostén, además de la puntual provisión de recursos para alternar con los otros guardias marinas y participar en una vida social que era estimulada por las ordenanzas y las prácticas de la institución.

En cuanto al futuro comandante del Apostadero Naval de Montevideo, nació el 20 de junio de 1762, nueve años después del matrimonio de sus padres, quienes no se quedaron cortos a la hora de ponerle nombres, ya que le dieron los de José María Bartolomé Antonio Juan Luis Ventura. Fue bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción por el agustino fray Manuel Cabrera, actuó como padrino el hermano José Claramonte, "donado de Nuestra Madre Santa Clara de esta villa" y oficiaron de testigos los presbíteros Juan Guerrero Martín y Diego Cantos y el sacristán Juan Fustero Giménez <sup>11</sup>.

Posiblemente aprendió las primeras letras con los franciscanos. El 5 de enero de 1777, fue nombrado, junto con su hermano Ramón, alcalde de Santa Hermandad, de Hellín, cargo que aceptó el mismo día. Pero estaba dicho que su destino no era perseguir malhechores por los campos y montes cercanos, sino surcar, una y otra vez los mares, como oficial de la armada borbónica.



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

---

<sup>11</sup> *Pruebas de Nobleza de Guardias Marinas*, cit., fol. 30.



## LA COMPAÑÍA DE GUARDIAS MARINAS

La decisión de convertir a España en potencia naval tuvo como indispensable correlato la creación de un instituto de formación de oficiales. Dice Julio Guillén y Tato que "en el nuevo pie que se dio a la Real Armada con el advenimiento de los Borbones, su puntal más firme había de ser la creación de una escuela en donde dar carácter de unidad a las enseñanzas y doctrinas precisas para seguir la carrera de las armas en la Marina del Rey, hasta entonces constituida por gran número de escuadras y flotas autónomas y aun antagonistas a veces" <sup>1</sup>.

Aquellos bajeles eran comandados por capitanes hábiles en la pelea en el mar, expertos en enfrentar oleajes bravíos y tremendos vendavales y aun en maniobrar sus naves en medio del combate, pero casi ignaros en la ciencia del pilotaje y sus auxiliares, que con la ayuda de la trigonometría y de mejores instrumentos, se iba alejando del astrolabio, la ballestilla y el punto llamado "de fantasía" <sup>2</sup>. En cuanto a los demás oficiales, eran, a lo sumo, beneméritos pilotos salidos del Colegio de San Telmo, de Sevilla, mejor provistos de buena voluntad y vaquía que de suficientes conocimientos facultativos.

Pero estos nuevos buques de la Armada de Felipe V, que aumentarían en porte, número y capacidad ofensiva durante los reinados de sus sucesores, necesitaban comandantes y oficiales conocedores de las ciencias náuticas y a la vez templados en la fragua de una exigente disciplina.

El intendente general de Marina y presidente de la Casa de Contratación José Patiño desechó la idea de constituir la nueva escuela sobre la base de la academia de Guardias de Estandarte que funcionaba con poca regularidad en Cartagena para instruir a los cadetes destinados a las galeras. En cambio pensó en Cádiz como el lugar *más apropiado* para ponerla en marcha. La bella y elegante ciudad atlántica, que había reemplazado a Sevilla en su condición de puerta de América, parecía ideal para preparar a jóvenes que por su profesión deberían recorrer el mundo y alternar con

---

<sup>1</sup> "La Academia de Guardias Marinas", en *El Cádiz de Jorge Juan*, Cádiz, Excma. Diputación Provincial, 1985, págs. 57 y siguientes; add. *Historia Marítima Española*, cit., tomo I, pág. 47.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

diversas gentes.

Al informar al ministro Andrés de Pez en 1717, año de la fundación de la Compañía, sobre el sistema elegido con el fin de formar a los integrantes de aquella *"nobleza de España en un estado que no se diferencia de la plebe"*, subrayaba Patiño:

Para su establecimiento se tuvieron presentes las reglas que con los de esta clase se observan en otras naciones, pero hallándolas poco acomodadas en la mayor parte a los naturales de la nuestra, pareció que si del mismo modo se intentase ceñirlos a ellas, no podría lograrse el asunto, porque en las de Francia se tropezó con el inconveniente de la demasiada libertad y economía, que por su mezcla con el interés, sabe cada uno practicar por sí mismo para su particular subsistencia.

En las de Inglaterra se observó la demasiada sugestión y desprecio con que se tratan, sin más objeto que conseguir por la práctica material un buen maniobrero en cada sujeto.

Atendiendo, pues, a la propensión de los españoles que se alimentan de gloria que no es económica, y que al paso que no les conviene mucha libertad sienten con exceso la opresión que no sea moderada y el trato que no sea decente; se discurrió en que los establecimientos de aquellas dos extranjeras naciones y de las circunstancias que militan en la nuestra se hiciese un conjunto que resultando de todas tres entre sí, fuese un tercero aceptable al genio de los españoles, corrigiendo los defectos que fomenta la naturaleza con un sustituto que por sí mismo la estimulase a adquirir la virtud, las ciencias y la gloria <sup>3</sup>.

En cuanto a los requisitos cuyo cumplimiento debía pedirse a los aspirantes, aparte de las probanzas de hidalguía, estaban saber leer y escribir, no tener imperfección corporal, fatuidad, rudeza ni complexión poco robusta que los inhabilitase para las funciones del servicio, aprovechar en los estudios y resistir las

---

<sup>3</sup> Cfr. JOSÉ MORENO DE GUERRA Y ALONSO, *Relación de los Caballeros Cadetes de las Compañías de Guardias Marinas. En los Departamentos de Cádiz, Ferrol y Cartagena, desde la creación de este cuerpo en 1717, con un ligero resumen de las organizaciones que ha tenido hasta 1834*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadaneira, 1913, pág. 15.

fatigas de la navegación <sup>4</sup>.

La *Instrucción para el Gobierno, educación, enseñanza y servicio de los Guardias Marinas, y obligación de sus oficiales y Maestros de Facultades* (1718) subrayó tales exigencias y reglamentó diferentes aspectos. Con referencia al objeto de la creación "*de una compañía de juventud ilustre de estos mis reinos*", expresaba:

Como el principal fin de la formación, manutención y establecimiento de este Cuerpo, es para que el Rey no sólo consiga habilidad de la nobleza de sus reinos, y que le sirva en su Marina y ejércitos adornada de las ciencias y facultades de la matemática con las reglas de la cantidad discreta, geometría, trigonometría, cosmografía, náutica, maniobra, fortificación militar, teoría de la artillería y construcción de navíos, sino también aptos para otras profesiones los que por falta de robustez o inclinación no puedan seguir la profesión militar en mar o en tierra, se formará una Academia cuya casa será de S.M. con salones capaces donde asistirán para enseñarla los maestros de estas facultades en la conformidad que se dirá, y al mismo tiempo se emplearán e instruirán por sus oficiales en los ejercicios de las armas, evoluciones militares y manejo práctico de la artillería, danza y esgrima que se les enseñarán en cuyos estudios y ejercicios se emplearán <sup>5</sup>.

Según Guillén y Tato, fue tal la repercusión que tuvo en Europa la creación de la Compañía y tan rápido el prestigio alcanzado, que de inmediato "la nobleza italiana, como la irlandesa, se volcó materialmente en sus filas; no faltaron franceses, flamencos y hasta ingleses. Hasta el zar Pedro I el Grande debió llegar su fama, pues envió un buen plantel de jóvenes, que sentaron plaza de tales caballeros en 1719,

---

<sup>4</sup> Cfr. MNM, Ms. 2141. *Circunstancias...*, cit.

<sup>5</sup> Citada por ANTONIO LAFUENTE Y MANUEL SELLÉS, *El Observatorio de Cádiz (1753-1831)*, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Naval, 1988, pág. 52. JOSÉ P. MERINO NAVARRO, *La Armada Española en el siglo XVIII*, cit., pág. 91, nota 7, hace este agudo e irónico comentario: "Los sueldos de estos últimos profesores [dibujo, esgrima, danza e idiomas] eran los más bajos, como correspondía a enseñanzas en cierto modo secundarias. No deben despreciarse, sin embargo: la danza y el dibujo parecen haber facilitado notablemente el ascenso del marqués de la Victoria...".

cuyos nombres fueron Alexef, Kassskin, Llatichof, Tolbouguin, Parahof, Boloseus (que falleció en Cádiz), Tscherbstot, Konofnizin, Dubrouski, Abrutin, Suchotin, Kukarin. Zinivief y otro hermano, el conocido almirante Kaisaroet, Neplujet (que fue ministro), Tschericott y Phillesott" <sup>6</sup>. Sabido es que el terrible constructor de la Rusia moderna dedicó especial atención, dentro de su inmenso plan innovador, al aprovechamiento de sus puertos marítimos y a la creación de un poder naval respetable.

### ***Privilegios***

Conviene que nos ocupemos brevemente de los privilegios de que gozaron los guardias marinas de Cádiz y luego los de Cartagena y El Ferrol. Ellos no sólo subrayan la voluntad de la Corona de concederles honores acordes con su condición de nobles y de potenciales *ilustrados* sino que contribuyen a explicar la adhesión institucional y personal de los mandos de la Armada a la Monarquía.

Desde su creación, la Compañía fue equiparada a las Reales Guardias Españolas o tropas de la Real Casa, con todas las preeminencias de *primer cuerpo de la nación*. Ese igualamiento, en la concepción de Patiño, debía producirse tanto en las ventajas como en los sacrificios. De ahí que a los seis meses de creada como unidad y a pesar de la juventud de sus miembros, se la hizo combatir en la vanguardia y batir brecha en el sitio a la plaza de Caller, Cerdeña. En seguida, muchos de sus *caballeros* pelearon en la campaña de Sicilia.

En 1728, Felipe V niveló a los guardias marinas con los guardias de Corps o de la real persona, y les concedió que también luciesen cordones en el hombro derecho, bandolera carmesí, galón de barra, pero de oro y no de plata como los de aquéllos.

Entre los privilegios militares se hallaban, de acuerdo con el espíritu y la ferviente vocación de gloria de los españoles, combatir en vanguardia y no regularse por la derecha o por la izquierda *sino por el lugar de mayor peligro*; desfilar en primer término, incluso antes que los alabarderos; prestar servicios en la guardia de las reales personas y no rendir honores más que a ellas, al capitán general de la Armada y al del departamento marítimo, pero a éstos "con un grado menos". No podían ser andados

---

<sup>6</sup> *Historia Marítima Española*, cit., pág. 48.

por otros que por sus jefes y generales naturales, aun cuando los que les impartiesen un mandato pertenecieran a la Marina; tampoco podían pasar por sus filas para revistarlos más que los reyes y sus comandantes. Cuando sus majestades se embarcaban y salían al mar, era competencia de los *caballeros cadetes* custodiarlos en el zaguanete y en la antecámara.

En combate, el más antiguo de los guardias marinas tenía a su cargo la singular distinción de velar por la driza de la bandera junto al palo respectivo del bajel.

Lafuente y Sellés recogen de la *Instrucción* "artículos destinados a matizar, dentro de la jerarquización militar, el tratamiento de que deben ser objeto". Y agregan: "No siendo, en una sociedad estamental, obvias estas cuestiones, apreciará Patiño la necesidad de articularlas. Así el artículo 7 explicita que entre cadetes debe haber un trato '...en términos que no les acomunen con gente baja y plebeya, y que distingan su calidad'". El artículo 35 conmina a los oficiales a ser respetuosos con los guardias marinas "pena según los casos [de ser] privados de sus empleos y quedar inhábiles de valor en ellos". Igualmente, la previsiblemente disoluta vida del cadete fuera de la Academia, es objeto de atención, prohibiéndosele (artículo 39) desde hacer mal casamiento hasta ausentarse sin la debida autorización, para lo cual además de las penas correspondientes habrá un capellán (artículo 41) que "deberá cuidar de que los guardias marinas cumplan con la Iglesia". En caso de guerra o emergencia, estos jóvenes infantes podrán entrar en acción (artículo 71) pero el gobernador de la plaza atenderá que sean [los puestos] correspondientes a la distinción de este cuerpo haciendo de él lo más posible en todas las ocasiones de su lucimiento". En fin, concluyen los expresados autores, "todas estas significativas matizaciones, acrecentadas cuando los guardias marinas están embarcados, además de asegurar la impronta de *élite*, querían ser gancho suficiente para garantizar su carácter nobiliario"<sup>7</sup>.

### ***Semblanza de los guardias marinas***

En torno a la fisonomía física y moral de los cadetes, derivada de su origen y

---

<sup>7</sup> *Op cit.*, pág. 51.



posición, Jorge Lasso de la Vega traza en *La Marina Real de España a fines del siglo XVIII y principios del XIX*, esta elocuente aunque un tanto benévola semblanza:

Si nuestros lectores aficionados a los estudios fisiológicos creyeran poder formar una idea del guardia marina español (o de los marinos en general) del último siglo, por las pinturas y descripciones que hayan leído en las llamadas novelas marítimas, incurrirían en un notable error. Este tipo, muy digno de ser conocido, aunque participa en el fondo del carácter especial de la profesión y de sus hábitos inherentes, tiene diferencias esenciales que dimanar de la índole nacional, de la educación, de las preocupaciones o ideas dominantes de la época. Así, pues, cuando el *midshipman* inglés de ahora medio siglo, hacía, por espíritu de imitación y de nacionalidad, alarde de ser brusco en sus modales, votador y bebedor sin pausa, el guardia marina español, perteneciente a la clase aristocrática, era un joven exquisito, de esmerada educación, elegante en su apostura y no menos brillante en un sarao, que puntuoso y alentado en el combate.

Y agrega:

Nuestros jóvenes marinos eran, como los de las demás naciones, alegres, puntillosos, francos, enamorados y amigos de ruidos y placeres; y si a esto se agrega un brillante uniforme, profusamente galonado de oro, y una categoría a bordo superior a la de los *midshipman* en los buques ingleses, no deberá sorprender que la presunción y a veces la vanidad desvanecieran algún tanto aquellas cabezas, sobre todo a la salida del colegio, hasta que la disciplina, la práctica de su profesión y la experiencia del mundo, templando los humos de su juvenil orgullo, dejaban sólo prevalecer sus respectivas buenas cualidades <sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> tomo I, Madrid, Imprenta de la Viuda de Calero, 1856, págs. 201 y siguientes.

## ***Organización militar y académica***

El cuerpo de guardias marinas poseyó, desde sus comienzos, dos estructuras superpuestas, de relaciones con frecuencia tensas: la militar (Compañía) y la docente (Academia). Aquella debía estar a cargo de un capitán, un teniente y un alférez. El primero tenía que ser "a lo menos" capitán de navío; el segundo, capitán de fragata, y el tercero teniente de navío. Si bien en los momentos iniciales hubo dificultades para proveer los cargos con miembros de la Armada, porque éstos no alcanzaban para comandar los buques de guerra del rey, con el tiempo aquellos empleos fueron asignados, respectivamente, a generales de marina, capitanes de navío y capitanes de fragata, algunos de los cuales figuran con brillo en los anales de las armas y las ciencias del XVIII y principios del XIX.

La Academia se hallaba a cargo de un director, secundado por maestros para enseñar las materias previstas <sup>9</sup>.

En sus cuarteles y aulas del medieval barrio del Pópulo, los guardias marinas gaditanos recibieron instrucción militar severa, con férreo régimen de internado, obtuvieron una preparación facultativa que, según José de Mazarredo, mostraba vacíos agravados por el deseo de pasar cuanto antes por las aulas para embarcarse en los buques; se empaparon del clima mercantil, culto y a la vez guerrero de aquella ciudad donde se oían diferentes lenguas, se realizaba todo tipo de transacciones, tenían lugar grandes acontecimientos artísticos pero también se producían constantes movilizaciones y aprestos para salir a campaña en el mar.

Pese a sus épocas de serias falencias formativas y no obstante sus crisis, parece muy significativo el balance formulado a sesenta y siete años de su creación:

Hasta el 1º del año de 1774 han sido sus totales plazas sólo de guardias marinas, 1.760, las que han producido 1.230 oficiales para Marina, 207 para el Ejército de Tierra, y las restantes 323 son las actuales, de los retirados, de los muertos y de los de paradero ignorado.

---

<sup>9</sup> *Ibidem*, págs. 52 y siguientes. Se señalan diversas manifestaciones del antagonismo existente entre la rama militar y pedagógica, que originó múltiples presentaciones y reclamos y que tardó en ser resuelta.

También ha producido dos consejeros de Estado, cuatro de Guerra, un capitán general, dos virreyes, un embajador, cinco tenientes generales de Marina, dos de Ejército, dieciocho jefes de escuadra [en la denominación actual, vicealmirantes], cuatro mariscales de campo [ahora, generales de división], diez brigadieres de Marina, dos de Ejército, tres intendentes de Marina y cuatro de tierra <sup>10</sup>.

### ***La Real Compañía de Cartagena***

El 31 de enero de 1776, como corolario de casi dos años de estudios acerca de la factibilidad de la idea de ampliar a 200 el número de *cadetes*, se dispuso crear compañías de guardias marinas en Cartagena y El Ferrol, dependientes, en cuanto al comando supremo y a la dirección de estudios, de la entidad madre de Cádiz. De ese modo, la enseñanza de los futuros oficiales se efectuaría en tres institutos que funcionarían en las sedes de los respectivos departamentos de la Armada. Y como su establecimiento tornaba propicia la realización de cambios en los planes de estudio vigentes, se encaró su reforma.

Para mandar la compañía de Cartagena fue designado quien hasta entonces había sido alférez de la de Cádiz, el capitán de navío don José de Mazarredo, uno de los hombres más ilustrados y mejor formados de su tiempo en las artes y las ciencias del mar, lejano pariente de los Salazar de Hellín pues descendía por parte de padre de don Domingo de Salazar y Muñatones. En cuanto al cargo de primer maestro, fue cubierto por José Ceruti, procedente del Cuerpo de Artillería del Ejército.

En febrero de 1777 se dispuso el traslado de sesenta guardias marinas de Cádiz a Cartagena y otros tantos al Ferrol. Los futuros oficiales, a quienes se agregarían pronto nuevos aspirantes provenientes de ciudades y pueblos cercanos a la ciudad sede del departamento marítimo hasta completar el número de noventa y dos que era el máximo aceptado, fueron alojados en régimen de internado en el área del arsenal<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> MNM, Ms N° 1181. Resumen de los Gastos y Producciones de la Compañía de Guardias Marinas en 5 de febrero del año 1774. Citado por LAFUENTE-SELLÉS, *op. cit.*, pág. 209.

<sup>11</sup> Así lo afirma ROSA MARÍA HERVÁS AVILES, "La formación académica en la Armada. Los guardiamarinas americanos en Cartagena, 1777-1824", en *Revista de Historia Naval*, N° 49, cit., 1995,



La mayoría de los integrantes del grupo fundacional contaba entre quince y dieciocho años de edad, aunque había algunos guardias marinas de apenas nueve años y otros de veinticinco. No hay que tener demasiada imaginación para pensar que estos últimos debían desentonar, por defecto o por exceso, y provocar múltiples problemas a sus jefes y maestros.

Ciertamente, la concurrencia en el mando de la Compañía y en la conducción de la Academia de dos figuras distinguidas, contribuyó a que los guardias marinas cartageneros no se aprovecharan de las disputas entre sus superiores navales y sus maestros civiles o de otras armas para eludir o reducir sustancialmente sus obligaciones. Mazarredo, que ya había escrito informes tajantes sobre la necesidad de mejorar la preparación científica de los *cadetes* de Cádiz, puso en seguida en práctica sus ideas. "No sería satisfacer a las obligaciones honrosas en que V.M. me ha puesto [escribía en 1777], el contentarme con que los guardias marinas de mi cargo se habiliten solamente para hacerse unos meros pilotos rutineros y para desempeñar su guardia marinera en la mar <sup>12</sup>."

### ***Ingreso de los hermanos Francisco Javier y José María Salazar***

El 10 de diciembre de 1779 sentó plaza en la compañía Francisco Javier de Salazar y seis meses más tarde lo hizo su hermano mayor José María <sup>13</sup>, en ambos casos tras depositar en manos del habilitado el primer pago de los diez pesos sencillos

---

pág. 107. JUAN SOLER CANTO, "Escuela Naval y cuartel de guardias marinas", en *ibidem*, N° 17, 1987, pág. 32, expresa que la casa, de estrechas proporciones, de planta baja y dos pisos, cuyo frente reproduce, estuvo ubicada en la plaza de San Agustín, frente al Colegio de los Agustinos, propiedad de Pedro Bergés. Allí estuvieron los cadetes hasta 1802 en que concluyó la construcción del verdadero palacio que los albergó en la Muralla del Mar. Debemos a Jorge Juan Guillén una copia del plano de la ciudad, levantado a fines del siglo XVIII, que se conserva en el Archivo de Marina de Cartagena, en el que figura el cuartel en el sitio indicado.

<sup>12</sup> Cfr. LAFUENTE Y SELLÉS, *op. cit.*, pág. 215.

<sup>13</sup> MNM, Ms. N° 1155. Libro maestro de Guardias Marinas de la Compañía de Cartagena por el orden de antigüedad según se les formó el asiento de sus Casas y a los que vinieron de la Isla de León como pie de esta Compañía y a los que se han recibido después de haberla establecido en este Departamento de Cartagena desde el 29 de julio de 1777, fols. 145 y 153.

mensuales para cada uno a que estaban obligados <sup>14</sup>. Al parecer, este último rindió dos exámenes previos a su ingreso efectivo. No consta por qué. Pero cabe conjeturar -dados los antecedentes que se poseen de la Compañía de Cádiz donde se buscaba ganar antigüedad en la carrera desde el primer día a través de medios que iban desde la acreditación de méritos hasta el uso de poderosas influencias <sup>15</sup>-, que el joven, apurado por su edad y confiado en sus conocimientos, obtuvo que se le tomaran las pruebas respectivas. Lo cierto es que el 5 de abril de 1780 logró nota de sobresaliente en aritmética <sup>16</sup>, y que el 1º de junio, cinco días antes de su alta, mereció un sobresaliente en geometría <sup>17</sup>.

Cabe preguntarse de qué modo habrán recibido aquellos hidalgos pueblerinos, el impacto de un cambio tan notable de ambiente y hábitos como el que les tocó vivir en aquella urbe rumorosa en la que se mezclaban los ruidos del astillero y del arsenal con los estampidos de las piezas en las prácticas de artillería y de las salvas al cañón, y en cuyo puerto amarraban constantemente naves mercantes y de guerra con su bagaje de noticias de lejanas tierras.

Cartagena era una importante ciudad, cuyo crecimiento unido al de la Marina había sido, desde la instalación del departamento, en 1726, francamente notable. Aquella auténtica urbe contaba, por entonces, con una población de cerca de cuarenta mil habitantes. Poseía imponentes murallas, bellos palacios y templos, comercios de todo tipo, fábricas de elementos destinados a cubrir las necesidades de miles de hombres de la Real Armada -oficiales superiores y subalternos del cuerpo general, ingenieros, médicos, clérigos, empleados y obreros de los astilleros y el arsenal-, y

---

<sup>14</sup> Según HERVÁS AVILÉS, *op. cit.*, los guardiamarinas debían contribuir también para formar un fondo destinado a adquirir los instrumentos necesarios para las prácticas de navegación.

<sup>15</sup> Cfr. MARÍA DOLORES GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, *A las órdenes de las estrellas (La vida del marino Cosme de Churruca y sus expediciones a América)*, Madrid, Fundación Banco Bilbao-Vizcaya-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994, págs. 28 y siguientes, brinda interesantes detalles de las prácticas mediante las cuales se buscaba rápido acomodo, a través de correspondencia del archivo de Churruca.

<sup>16</sup> MNM, *Libro maestro...*, cit., fol. 154.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

"un sin fin de bares, tabernas y demás lugares de esparcimiento" <sup>18</sup>. Por otro lado, el movimiento de tan significativo aparato militar había traído como resultado la presencia de gran cantidad de funcionarios y empleados civiles y un considerable número de artesanos, labradores y criados.

En cuanto a la compañía, era un micromundo regulado por el estudio y la disciplina. Contaba con una buena biblioteca, cuya base había sido seleccionada personalmente por Mazarredo entre los libros de la de Cádiz. En efecto, sus autoridades debieron ceder, no sin comprensible resistencia, parte de los fondos a Cartagena y El Ferrol. El ya destacado capitán se llevó la edición de los jesuitas Le Seur y Jacquier de la *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, de Newton; las *Institutions de Physica* de madame de Chatèlet (1740), y las obras de Nollet *Leçons de Physique expérimentale* (1746), *Essay sur L'Electricité des Corps* y *Recherches sur les causes particulières des Phenomènes Electriques* (1749). Dicen Lafuente y Sellés que "se quería dar a los centros una orientación marcadamente experimentalista y decididamente newtoniana, aspiraciones que proclamaban un claro compromiso con la cultura de la Ilustración. Conclusión que, por otra parte, también se vería confirmada si hubiésemos considerado el listado de obras matemáticas, náuticas o astronómicas" <sup>19</sup>.

Ataviados con sus casacas azules de *paño del rey*, vueltas grana y alamares de oro; calzones de la misma tela, chupa <sup>20</sup> escarlata "manteau" forrada de sarguil grana, tricornio y zapatos con hebilla, los guardias marinas -entre ellos los hermanos Salazar- se levantaban todas las mañanas al son de pífanos y tambores y comenzaban su instrucción militar que comprendía el manejo de las armas de infantería y artillería, evoluciones, aplicación de voces de mando, etcétera. Luego se pasaba a los estudios de aritmética, geometría, trigonometría y cosmografía. Por la tarde se enseñaba artillería, dibujo y traducción de lenguas, más las consabidas clases de danza y

---

<sup>18</sup> Cfr. el interesante artículo de JOSÉ LUIS ANDRÉS SARAIZA, "La función militar como factor configurador de la economía y el paisaje urbano: el ejemplo de Cartagena", en *Revista de Historia Naval* cit., N° 16, págs. 55 y siguientes.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, pág. 211.

<sup>20</sup> Prenda que cubría el tronco del cuerpo, con cuatro faldillas de la cintura abajo y mangas ajustadas, que se ponía debajo de la casaca.

esgrima. Es decir que a los cadetes les quedaba poco tiempo para la holganza. Se resarcían debidamente en los días festivos, lanzándose a las calles de Cartagena o participando en reuniones sociales a las que eran invitados por su distinción y cuna.

### ***Brigadier de la Real Compañía***

La circunspección y celo del mayor de los Salazar hizo que el 31 de julio de 1780 rindiera trigonometría y cosmografía con nota "más que suficiente" <sup>21</sup> y que quedara habilitado para cursar navegación, asignatura que entrañaba la posibilidad de realizar embarcos, aspiración imperiosa de todo guardia marina que se preciara de abrigar verdadero amor por el mar <sup>22</sup>. Pero el 27 de octubre de 1780 recibió su primera distinción en la Armada: el ascenso a brigadier de la Compañía, puesto que le confería variadas y serias responsabilidades.

En efecto, los brigadieres y subbrigadieres, si bien carecían de la graduación de oficiales fuera de su cuerpo, tenían mando siempre que concurrieran a un servicio en mar o tierra, sobre todo sargento "y cualquiera otro individuo de la Armada o el Ejército" que no poseyera aquella condición. Pero dentro de la compañía eran considerados oficiales subalternos; de ahí que los guardias marinas estaban obligados a reconocer "la superioridad competente de las órdenes que les dieran, suponiéndolas derivadas del jefe de la Compañía o regladas a las ordenanzas" <sup>23</sup>.

Todos los días debían entrar de guardia en el cuartel un brigadier y un subbrigadier con ocho cadetes vestidos y armados desde que se abriese la puerta hasta que "se haya cerrado a la hora regular de recogerse". Un centinela tenía que atender en forma permanente el cumplimiento de las órdenes del comandante sobre el ingreso y salida del cuartel.

---

<sup>21</sup> MNM, *Libro maestro...*, cit., fol. 155.

<sup>22</sup> Las clases se dictaban de acuerdo con un cuadernillo basado en el *Compendio* de Jorge Juan, pero debidamente ampliado por Mazarredo. Este, al hacerse cargo de la Compañía había hecho tabla rasa con los cuadernillos de aritmética y cosmografía "que me pasó de oficio el comandante Winthuysen: se reformaron, instituyéndose otras lecciones más propias. Siguieron como estaban los de geometría de Tofiño". MNM, Ms, N° 2455. Citado por Lafuente y Sellés, *op. cit.*, pág. 218.

<sup>23</sup> *Ordenanzas de su Magestad...*, cit. Título primero. De la formación y destino de esta Compañía; facultades y funciones de los oficiales encargados de su gobierno, artículos VIII y IX, pág. 5.

Como la Compañía estaba dividida en cuatro brigadas a los efectos del régimen interno, cada una a cargo de un brigadier, éstos debían ocuparse escrupulosamente de "la decencia y aseo de los guardias marinas", obligarlos a contar en sus cuartos con lo que fuese necesario, observar y corregir los defectos que advirtiesen y dar cuenta al ayudante cuando no pudieran obtener remedio por sí mismos. También les correspondía informar acerca del "genio, inclinación y proceder de todos los cadetes" y velar para que éstos vivieran "en buena unión".

Los brigadieres jugaban un papel importante en la instrucción militar, inmediatamente subordinados al ayudante de la Compañía y se alternaban con él en el mando de los ejercicios. También debían ser hábiles en el manejo de las armas pues tenían que enseñarlo a los cadetes, y en el comando de ejercicios generales, como los de fuego cada dos meses, que podían mandar con la supervisión del ayudante, "a fin de que se acostumbren a cargar y descargar las armas".

Como se ha dicho, los guardias marinas les debían absoluta obediencia en todo lo que les mandasen relacionado con el servicio y disciplina, "y aun en el caso de comprender la injusticia en las órdenes que les dieran, las pondrán en ejecución y presentarán después su queja al capitán o superior inmediato", "a quien se encarga [decían las Ordenanzas de Fernando VII] cele mucho en este punto, para acostumbrar a los guardias marinas desde los principios a que observen la más exacta subordinación, que tanto conviene a mi servicio".

Esa consigna, inculcada desde la cuna de la vida naval, constituía una regla de oro a través de toda la carrera y tornaba natural la obediencia sin vacilaciones a las órdenes de los superiores.

Con respecto al regimen de estudio, les correspondía a los brigadieres, al igual que a los subbrigadieres, asistir a los ejercicios de la academia: "se distribuirán en las salas, según pareciese al comandante, no sólo para celar el buen orden que en ellas debe observarse, sino para proseguir en sus estudios y ayudar a los maestros si fuese necesario" <sup>24</sup>.

Hemos abundado en la mención de responsabilidades y actividades de los guardias marinas brigadieres para subrayar uno de los rasgos dominantes del carácter

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, título IV, artículos VIII a XXI, págs. 37-39; título VI, pág. 42.



del futuro comandante de marina del Plata: el cumplimiento del deber hasta las últimas consecuencias, la exactitud en la ejecución de sus órdenes por parte de sus subalternos y el horror ante la defección de los contados oficiales surgidos de las compañías de Cádiz, Cartagena y El Ferrol que abandonaron la causa del rey.

Lo cierto es que aparte de sus funciones en la escuela, asignadas apenas cuatro meses y días después de ingresar, circunstancia que refleja una aceptación y reconocimiento notables por parte de sus superiores, José María de Salazar comenzó el 14 de noviembre de 1780 los períodos de navegación prescritos. Los embarcos resultaban esenciales para practicar las disciplinas náuticas y el mando en el mar, y sin ellos ningún guardia marina podía aspirar a recibir los despachos de alférez de fragata. El expresado día, abordó la fragata *Magdalena*, donde estuvo hasta el 14 de julio de 1781, en que pasó al jabeque *La Fortuna*, para ser trasladado en fecha que no consta en el *Libro maestro*, al jabeque *Mallorquín*. De esta última nave desembarcó enfermo el 10 de agosto (¿primera manifestación de las tercianas quizá contraídas en la villa de Hellín?). Unos días antes, destinado en el buque, rindió examen de navegación, luego de completar las seis secciones previstas, con nota "más que suficiente y con mucha seguridad" <sup>25</sup>.

Estaba en condiciones de obtener el grado de oficial. Su nombramiento de teniente de fragata lleva fecha 26 de septiembre de 1781. Un mes más tarde tuvo su primer mando, "habilitado a bordo del navío *San Julián*" <sup>26</sup>.

### ***Agregado a la Compañía de Cartagena***

Pero no sentiría por mucho tiempo el mecer de las olas. Su capacidad

---

<sup>25</sup> MNM, *Libro maestro...*, cit.

<sup>26</sup> *Ibidem*. Paralelamente, su hermano Francisco Javier había desarrollado una buena labor en aulas y embarcos, aunque con mayor lentitud, debida a su menor edad. Examinado el 20 de marzo de 1780 en aritmética, había obtenido nota de suficiente; el 17 de noviembre de 1780, suficiente en geometría; el 7 de diciembre del mismo año, más que suficiente en trigonometría; el 8 de febrero de 1781, más que suficiente con mucha seguridad en cosmografía; y el 9 de abril de 1781, suficiente con seguridad en navegación. Estuvo embarcado en el navío *Glorioso*, el 28 de abril de 1781; transbordó en Cádiz en el *Santa Isabel*, el 7 de julio del mismo año; ascendió a brigadier el 17 de abril de 1782 y obtuvo los despachos de alférez de fragata el 21 de diciembre de 1782. Cfr. *Libro maestro...*, fols. 145 y siguientes.

intelectual lo devolvió a la Real Compañía de Guardias Marinas de Cartagena. En 1783 había regresado a la institución, cubierto de gloria por su actuación en el último e infortunado sitio de Gibraltar el brigadier José Mazarredo, ansioso de aplicar sus experiencias. Pero al hacerse cargo advirtió que sus "lecciones de navegación estaban tan truncadas y que lo que se estudiaba en nada se parecía a ellas". Pidió autorización para aplicar su *cuadernillo*, a la par que sugirió que también se lo utilizase en Cádiz y en El Ferrol.

La cuestión dio motivo a discusiones en Madrid, de las que participó el propio Mazarredo, pero no impidió que los guardias marinas se beneficiasen con una preparación más vasta. En cuanto a Salazar, se le ordenó que pasase como *oficial agregado* a la Compañía de Cartagena con el fin de perfeccionar sus estudios científicos. Tal medida resultaría providencial para su futuro como *oficial científico*.

En la academia se interiorizó del uso de los instrumentos más modernos, aprendió a desechar procedimientos hasta entonces en uso pero impracticables o superfluos en el mar, se interiorizó de los modos más adecuados para determinar la latitud con el sextante, y de las observaciones y determinaciones de la longitud: fijación de distancias lunares por los métodos trigonométrico directo o de Borda; empleo de los relojes con la explicación del tiempo medio, comparación de éste con el verdadero, examen del movimiento del reloj y modo de llevar las tablas.

Pero pese las gratificaciones del saber y de la convicción de que tal aprendizaje le serviría para participar en las empresas náuticas del Siglo Ilustrado, no sofocaban sus deseos y los de sus compañeros de participar en campañas en el mar.

En 1783 obtuvo autorización para embarcarse como ayudante del jefe de escuadra Francisco Hidalgo de Cisneros, segundo comandante de la expedición a Argel y padre del futuro virrey del Río de la Plata. Por entonces, los vínculos de España con aquella regencia eran harto débiles. Si las gestiones de Floridablanca para establecer relaciones directas con la Sublime Puerta habían concluido en 1782 con la firma de un tratado de paz, amistad y comercio en Constantinopla, y el mismo año se habían realizado gestiones exitosas con la regencia de Trípoli, no había sucedido lo mismo con las de Argel y Túnez. Esta última se supeditaba a lo que se acordase con la primera.

El ministro creyó oportuno efectuar una convincente demostración naval que

reforzase la acción diplomática, y tras la firma de la paz de Versalles con Inglaterra -que significó la renuncia a Gibraltar pero afianzó el imperio español en América y produjo la posesión definitiva de Menorca- ordenó el bombardeo de la plaza de Argel, operación que se realizó en agosto de 1783 y estuvo a cargo de la escuadra a las órdenes supremas del teniente general Antonio Barceló.

Salazar estuvo en cinco ataques y acompañó a Hidalgo de Cisneros en el crucero del estrecho al frente de ocho navíos, operación que concluyó con la batida "de las Puntas de Europa" <sup>27</sup>. Entusiasmado por su breve participación bélica, el 5 de junio de 1784 solicitó autorización para participar en la nueva expedición que se preparaba. Estaba seguro de obtener el permiso por ser uno de los oficiales más antiguos en su grado del departamento de Cartagena.

El encargado del despacho de Marina consideró que el pedido debía ser resuelto favorablemente siempre que el comandante accidental de la Compañía no estimase inoportuno el momentáneo abandono de sus funciones por parte del joven oficial. Pero éste contestó en forma respetuosa aunque firme que no autorizaba ni a Salazar ni a los demás compañeros que habían formulado parecida petición por no aconsejarlo las necesidades del organismo al que pertenecían <sup>28</sup>.

Tan tajante determinación tornaba imposible toda insistencia. Los alféreces vieron partir a las naves de Barceló que un mes más tarde volvieron a disparar sus cañones sobre Argel. Pasaría un año más para que, finalmente, la conjunción de las conversaciones diplomáticas con las balas lisas y los tarros de metralla dieran sus frutos y la escuadra pudiera fondear el 14 de junio de 1785 en la que fue denominada una "visita de amistad". Mandaba entonces los buques del rey el almirante Mazarredo quien, devenido en diplomático, firmó por fin el 16 de ese mes un tratado de

---

<sup>27</sup> Archivo General de Marina "Alvaro de Bazán". Viso del Marqués (AGM), Oficiales de guerra. Asuntos personales (OG. AP.). Salazar, José María, fol. 1.

<sup>28</sup> *Ibidem*, fol. 3. Del capitán de navío Domingo de Nava al ministro Antonio Valdés. Cartagena, 19 de junio de 1784. Aparentemente Salazar gustaba alternar sus estudios facultativos con lecturas más amenas. En 1786 se suscribió al *Semanario Literario y Curioso de Cartagena*, del que eran colaboradores, entre otros, Martín Fernández de Navarrete, Luis María Salazar, Zalvide y el conde de Lumians. No pocos altos jefes de la Armada y el Ejército recibían regularmente la *hoja*, entre ellos Félix O'Neylle, Berenguer de Marquina, Tomás Briant y Francisco J. Castaños, futuro vencedor de Bailén. Referencia que debo a Jorge Juan Guillén Salvetti.



circunstancias <sup>29</sup>.

### ***Segundo maestro de matemáticas***

Ascendido a alférez de navío, Salazar continuaba en la Compañía de Cartagena cuando se produjo el fallecimiento del segundo maestro de matemáticas, alférez de navío Antonio Federichi. El director interino, capitán de fragata José González Ruiz, propuso en primer término para cubrir la vacante al alférez de navío Fernando Noguera, "ayudante dragón y habilitado de ella", y en segundo lugar "a don José Salazar, agregado igualmente a esta compañía y con destino a la enseñanza de la navegación en su academia" <sup>30</sup>.

Mazarredo, ahora jefe de escuadra y comandante del Cuerpo de Guardias Marinas que nucleaba a las tres compañías, se dirigió al ministro, en términos honrosos para ambos jóvenes. Tales conceptos adquirirían mayor valor suscriptos por aquel hombre ilustre, parco en prodigar elogios porque medía los méritos y servicios ajenos con la misma severidad con que juzgaba los propios:

Estos oficiales que subsisten agregados a la compañía después de sus lucidos certámenes de las matemáticas sublimes, contraen en ella un mérito muy señalado que los recomienda para sus ulteriores ascensos. Su ocupación actual de la enseñanza de las matemáticas a los guardias marinas en las clases que se les señala, a más del estudio privado que hacen para ilustrarse y tomar mayores conocimientos en las ciencias anexas a la navegación, y siendo cualquiera de ellos muy a propósito para desempeñar dicho cargo de segundo maestro, he manifestado a cada uno mi particular deseo de que abracen este destino. Ambos me han respondido que se ofrecen gustosos a servir por comisión la citada cátedra u otra cualquiera que S.M. les confiera en término que no les obsten las salidas al mar que apetecen, bien sea en tiempo de guerra o de paz, pues queriendo contribuir al aprovechamiento de los guardias marinas

---

<sup>29</sup> Cfr. VICENTE PALACIO ATARD, "Paz con Marruecos y guerra con Argel. Los turcos", en *España y el mar en el siglo de Carlos III*, cit, pág. 401.

<sup>30</sup> AGM, AP, fol. 4. Cartagena, 4 de abril de 1787.

en servicio de S.M. mientras sucesivamente entren otros a reemplazarlos, es al mismo tiempo su objeto formarse oficiales de marina hasta el grado que alcancen sus talentos, no consiguiéndose ésto sino con la práctica del navegar, para hallarse en estado de que recaiga en ellos debidamente cualquiera comisión que S.M.les confiase.

Reflexionaba después don José:

Este modo de pensar que para el bien del servicio de V.M. revela tanto el mérito de don Fernando Noguera y de don José Salazar Rodríguez, me hace comprender que igualmente útiles uno y otro para el destino, convendría acordarles a ambos por comisión y sin perjuicio a otras salidas oportunas desde ella misma, asignándoles el goce de cincuenta y cinco escudos al mes mientras la sirvan, pues aún así resultan economía respecto al sueldo unido de un segundo maestro y de un alférez de navío <sup>31</sup>.

La real orden fechada en Aranjuez el 23 de abril de 1787 remarca la importancia de los estudios facultativos, dispone que la permanencia de los causantes no obstaculice para sus ascensos y declara "como punto general que todos los oficiales que concluidos sus estudios sublimes se dediquen a la enseñanza o quieran agregarse al Cuerpo de Ingenieros de Marina para servir con utilidad, se les ascienda con la propia forma y que se les emplee en mando de buques y otras comisiones como a los demás oficiales de la Armada, *pues lejos de contemplarlos S.M. separados de ellos, los cree muy útiles para desempeñar los encargos de mayor confianza si reúnen a la práctica los útiles principios de la técnica*" <sup>32</sup>.

Tan útil como necesaria aclaración fue comunicada por el ministro Valdés al capitán general de la Armada, a Mazarredo y a los comandantes de las compañías de Guardias Marinas de Cádiz, Cartagena y El Ferrol para que contemplasen fielmente el

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, fols. 7-9. De Mazarredo a Valdés. Madrid, 17 de abril de 1787.

<sup>32</sup> *Ibidem*, fol. 12. La bastardilla es nuestra.

principio subrayado <sup>33</sup>.

Le aguardaban a Salazar otros cuatro años de relativa quietud antes de cumplir su sueño de participar en una gran aventura oceánica. Había surcado las serenas aguas del Mediterráneo en expediciones punitivas de previsible resultado favorable, y visto transcurrir las noches en vela entregado a los estudios matemáticos y náuticos, pero le faltaba la intransferible experiencia del oleaje enfurecido, de los temporales en medio del mar, para foguearse como oficial del cuerpo general de la Armada.



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

---

<sup>33</sup> *Ibidem*, fols. 14-17.

## LA EXPEDICION DEL ATLAS DE AMERICA SEPTENTRIONAL

Hasta 1791 la existencia de Salazar estuvo estrechamente vinculada con la de la Compañía de Cartagena. La enseñanza le había dejado tiempo suficiente para ampliar sus estudios astronómicos mediante la profundización de la matemática, la óptica, la mecánica, la hidrostática y el cálculo, y formar parte de ese modo del escogido núcleo de oficiales al que la Armada quería habilitar para futuros puestos de importancia. Tras cuatro años y luego de participar en un certamen público que servía, más que para evaluar los conocimientos de cada uno, para mostrar las materias que se trataban en la Academia <sup>1</sup>, obtuvo el reconocimiento de su preparación en "*matemáticas sublimes*", el grado de teniente de navío y el cargo de ayudante de la Compañía de Cartagena <sup>2</sup>.

Por otro lado, la vecindad con el astillero y el arsenal le permitió interiorizarse en la compleja técnica de la construcción de buques de guerra y en los secretos de la artillería naval. Había visto crecer constantemente al primero, cuyas obras recién quedaron concluidas por completo en 1783, y había contemplado, entre dársenas, muelles, diques, gradas, aserraderos, tinglados para la cordelería y las jarcias, naves de arboladura, talleres de herrería y fundición y depósitos de pertrechos y lonas, los pasos previos a la botadura de bajeles de distinto porte. Esa experiencia le resultaría muy útil a lo largo de su carrera.

Salazar seguía gozando de la confianza de los jefes del departamento y de la inalterable protección de Mazarredo. Este había logrado imponer sus ideas sobre las de Vicente Tofiño con respecto al modo de realizar el *Atlas Marítimo de la América Septentrional*, que llevaba varios años de proyectos y discusiones. Se trataba de contar con cartas modernas y eficaces de un área crítica del imperio ultramarino que España necesitaba consolidar luego de la Paz de Versalles. Como consecuencia del tratado había recuperado la Florida oriental, la franja costera que unía a aquella con

---

<sup>1</sup> MARÍA DOLORES GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, *A las órdenes de las estrellas...*, cit., pág. 70.

<sup>2</sup> AGM, OG. AP., fol. 17.

Nueva Orleáns y la totalidad de las costas del golfo de México. Necesitaba pues fortificar los principales puertos insulares: La Habana y Puerto Rico y reforzar las áreas continentales, sobre todo en la parte oriental.

Mazarredo quedó a cargo de la expedición el 6 de abril de 1789, en que el rey Carlos IV decidió que fueran alistados cuatro buques de escaso porte para dirigirse a las Antillas. Diez meses más tarde propuso para desempeñarse como oficiales a Fernando Noguera, ayudante de la Compañía de Cádiz, quien, como se recordará, había sido segundo maestro de matemáticas junto con Salazar en Cartagena; a este último y a dos alféreces de navío agregados al Real Observatorio de Cádiz. Pero nada se decidió hasta mediados de 1791.

En julio de este último año Mazarredo se dirigió reservadamente al ministro Valdés proponiéndole el nombramiento de Cosme Damián Churruca, que "goza de todo el crédito de que es digno"<sup>3</sup>, como comandante de la expedición; la designación del teniente de navío Joaquín Francisco Fidalgo, a quien sugería ascender a capitán de fragata, y de los cuatro tenientes de navío que, por haber completado sus estudios superiores, podían ser segundos comandantes y sustituir ante cualquier eventualidad a los anteriores. Eran José María Salazar, Joaquín Gutiérrez de Rubalcaba, Fernando Noguera y Pedro Agar y Bustillo. En la misma ocasión, Mazarredo sugirió los nombres de doce oficiales subalternos entre los más brillantes de sus respectivas clases. Antes de la partida se produjeron algunos cambios.

El 7 de noviembre, el ministro de Marina ordenó a los jefes de los respectivos departamentos que dieran cuenta de sus destinos a los oficiales nombrados por el rey. El marqués de Casatilly convocó a Salazar y lo impuso de su misión, aunque es posible que ya tuviese noticias de su futuro cometido a raíz de su vinculación con Mazarredo.

Veamos cómo relata el teniente los primeros pasos de su comisión:

En 14 de noviembre de 91 fui nombrado segundo oficial del bergantín *Vigilante*, uno de los dos que componían la primera división de dicha expedición, siendo al mismo tiempo nombrado comandante interino del llamado

---

<sup>3</sup> GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, *op. cit.*, pág. 111.



*Descubridor*, y en dos meses que se emplearon en recorrerlos y forrarlos en cobre, no me separé de encima de las planchas para dirigir y animar los trabajos. No obstante lo crudo de la estación continué en el mando, hasta que en Cádiz estuve constantemente dedicado en el Real Observatorio a observar la marcha de los cronómetros, sin faltar a la asistencia diaria que pide el detall de un buque <sup>4</sup>.

En efecto, los dos bergantines, diseñados por el destacado ingeniero general de marina José Romero y Landa, fueron contruidos en Cartagena donde se los dotó de obuses de bronce de a cuatro y de cañones de venticuatro libras a bala <sup>5</sup>. Las planchas de cobre por cuya adecuada colocación veló Salazar, tenían por objeto dar mayor velocidad a las naves.

Paralelamente se procedía a alistar los bergantines de la segunda división, *Empresa* y *Alerta*, algunas de cuyas características ocasionaron serias advertencias por parte de varios oficiales destinados, entre ellos, Salazar <sup>6</sup>.

En Cádiz éste tomó contacto con su joven comandante. Churruca volvía de su tierra natal de Motrico, Guipúzcoa, donde había gozado de licencia temporaria. Luego de pasar por San Lorenzo del Escorial para presentarse a los reyes, según lo ordenado, había seguido hacia la ciudad atlántica. A estar por los juicios de uno con respecto del otro, el hijo de Hellín congenió en seguida con su brillante jefe, cuya distinción y simpatía corrían parejas con su notable ilustración. El capitán le llevaba menos de un año de edad, pero poseía una remarcable experiencia obtenida en prolongadas singladuras oceánicas. Había participado en 1788 en la segunda expedición de Antonio Córdoba a los mares del sur, que reconoció el Estrecho de Magallanes, levantó minuciosos planos y realizó precisos estudios sobre las corrientes y mareas.

---

<sup>4</sup> AGM, *OG. AP*, fol. 19 y siguientes. Presentación para reclamar por el retraso en su carrera que significaba seguir como teniente de navío. Cartagena, 14 de enero de 1797.

<sup>5</sup> Nos remitimos para los detalles del armado y de la adquisición de instrumentos, al varias veces mencionado estudio de GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, págs. 118 y siguientes.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

No está de más recordar, como expresión de la calidad de los cuadros superiores de la Real Armada, que el mismo año en que Churruca había zarpado hacia aquellas latitudes, Carlos IV había autorizado el *Viaje científico político alrededor del mundo* de Alejandro Malaspina, que comenzó el 30 de julio de 1789 y concluyó cinco años más tarde luego de realizar estudios hidrográficos, astronómicos, etnográficos, demográficos, zoológicos y botánicos y de aportar otros múltiples e importantes conocimientos. En aquel periplo excepcional participaron compañeros y amigos de Salazar, así como otros oficiales con los que se vincularía a lo largo de su vida naval, particularmente durante su actuación en el Río de la Plata. Entre ellos, Juan Gutiérrez de la Concha, gobernador de Córdoba y contrarrevolucionario junto con el ex virrey Santiago de Liniers, tras los sucesos de mayo de 1810.

### ***Objetivos de la expedición***

Volvamos a la expedición del Atlas de las Antillas. Concluidos los preparativos, la segunda división, al mando de Fidalgo, zarpó el 4 de junio de 1792, mientras la primera, a las órdenes de Churruca, lo hizo recién el 15 del mismo mes. Este tenía la misión de recorrer y trabajar los planos de las islas salvajes en la ruta a Canarias, luego de costear la de Palma y situar en relación con ella a la de Hierro, para emprender viaje a América rumbo a Tobago, desde donde entrarían por la boca de los Dragos a Puerto España, en Trinidad. Allí se encontraría con Fidalgo que debía recorrer parte del archipiélago de Madeira y las Salvajes, y fondear en Santa Cruz de Tenerife donde se verificaría el estado de los cronómetros. De ahí partiría hacia la isla de Hierro, enfilaría después a Barbada y Tobago y llegaría a Trinidad donde esperaría a la primera división. Juntas establecerían el meridiano a partir del cual se realizarían todas las mediciones, y examinarían de nuevo los cronómetros para iniciar el levantamiento del plano de la costa occidental de la isla y la boca de los Dragos.

En la *Instrucción para los Comandantes de las Divisiones*. 30 de marzo de 1792, se había aclarado expresamente: "no quiere S.M. que el orden seguido preciso de las operaciones del Atlas Marítimo se interrumpa por exámenes inconexos a la hidrografía, como serían por ejemplo los de fortificaciones de plazas marítimas, de